

LA VERDAD DE LOS RÍOS



UN ENSAYO DE IGNACIO PIEDRAHÍTA

Prólogo de Ricardo Camilo Niño Izquierdo

La verdad de los ríos

Este libro surge de una alianza entre la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición y ARCADIA.



Su producción y distribución gratuita durante el Hay Festival de Cartagena en 2020 fue posible gracias al apoyo del Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ) y de la Embajada de Noruega.



Agradecemos al Banco de la República y a Crepes & Waffles por su apoyo para la realización de este proyecto.



También le damos las gracias al artista Abel Rodríguez, al Instituto de Visión, por permitirnos usar la obra *Territorio de mito* (2017) para la portada de este libro.

La verdad de los ríos

Un ensayo de Ignacio Piedrahíta

Prólogo de
Ricardo Camilo Niño Izquierdo

Una iniciativa de:
Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No Repetición y ARCADIA
En alianza con:
Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ),
la Embajada de Noruega, Banco de la República y Crepes & Waffles

Título original: *La verdad de los ríos*.

© 2020, Ignacio Piedrahíta
Reservados todos los derechos

Primera edición: enero de 2020
© 2020, Publicaciones Semana S.A.
Carrera 11 n.º 77A-49
Bogotá, Colombia

PUBLICACIONES SEMANA S.A.
Un proyecto de ARCADIA
Director: Camilo Jiménez Santofimio
Editora: Sara Malagón
Editor digital: Felipe Sánchez
Líder de proyectos: Andrea Mejía Fajardo
Directora comercial: Viviana Árias
Asistente comercial: Natalia Mora
Director de arte: Hernán Sansone
Jefe de diseño: Nicolás Gutiérrez
Legal: Estefany Zárate Morales
Corrección: Sergio Rubiano y Laura Benítez

Publicaciones Semana S.A. apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas
y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir,
escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que Publicaciones
Semana S.A. continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a amejjaf@semana.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Printed in Colombia – Impreso en Colombia

ARCADIA

Publicaciones Semana S.A.
Bogotá, Colombia

Nota editorial

La carta encíclica *Laudato si'*, del el papa Francisco nos recuerda que la tierra fue entregada al hombre no para dominarla, sino para *domeñarla*: cuidarla, labrarla, domesticarla, como le dice el zorro al principito de Antoine de Saint-Exupéry. Esa confusión tal vez nos ha impedido entendernos uno y lo mismo con la madre Tierra.

El papa Francisco también nos recuerda que “el deterioro del ambiente y la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta: tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica demuestran que los más graves efectos de las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre, y que nuestro propio bienestar depende también del cuidado de lo otro, ese mundo del que somos parte, nuestra Casa Común”.

A la Comisión de Verdad le ha sido encomendado contribuir al esclarecimiento de lo ocurrido en el

marco del conflicto armado para que hagamos una reflexión ética y política que nos lleve a identificar los asuntos necesarios para transformarnos y no repetir la tragedia que hemos vivido. Debemos así identificar el impacto humano y social del conflicto en la sociedad, incluyendo el impacto sobre los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales. Estos últimos han sido ajenos a la conciencia colectiva, razón por la cual proponemos una aproximación sensible y poética a esa Casa Común para hacernos corresponsables de su devenir. La madre Tierra debería dejar de ser un motivo de disputa. Los bienes de la naturaleza deberían reconocerse como públicos, comunes y al servicio de todos. Los líderes que defienden las aguas, los bosques y el aire deberían ser vistos como nuestros héroes, para así poder frenar su sufrimiento y el de nuestra existencia.

Esperamos que el prólogo de Camilo Niño y la aproximación sublime del escritor Ignacio Piedrahíta nos acerquen al misterio de la naturaleza, para construir en y con ella la armonía que soñamos como seres humanos.

*Comisión para el Esclarecimiento
de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*

La Ley de Origen: sobre el cuidado

Al principio, toda la Tierra y sus elementos, las montañas, los ríos, las selvas y los animales, estaban en Anugüe o pensamiento. Cada elemento tenía un padre y una madre que lo custodiaba, lo ordenaba y le asignaba sus funciones, y cada uno de ellos debía así cumplir con esas funciones y actuar acorde al lugar que ocupaba.

Sin embargo, un día los elementos no se pusieron de acuerdo en sus roles, y después de una larga reflexión, algunos padres concluyeron que era pertinente que, en el ciclo de la creación, la Tierra se materializara.

Esta decisión no fue bien vista por otros padres, quienes manifestaron su discrepancia argumentando que la Tierra no debía materializarse, y que para protegerla debía seguir en forma de Anugüe.

Empezó así una lucha espiritual entre los padres que querían ver la materialización de la Tierra y aquellos que querían impedirla. Resultaron vencedores los que pretendían que la Tierra saliera a la luz y se materializara, pero los padres derrotados no se dieron por vencidos y vinieron del mundo espiritual para reclamar su espacio en el plano físico.

Este reclamo llevó a que el territorio tuviese que delimitarse, y los padres espirituales —tanto aquellos que pretendían que se materializara la Tierra como los que no— se establecieron en diferentes elementos de la naturaleza. Algunos, en cerros. Otros se quedaron en rocas. Otros, en árboles. Otros se establecieron en lagunas, ríos y nacimientos.

El padre de los alimentos, por ejemplo, se internó en el cerro Inarwa. El padre del poporo —elemento que porta el hombre, entregado por un mamo a través de un ritual, generalmente el matrimonio— se estableció en el cerro llamado Sokakurwa.

Cada uno tomó así posesión en sus lugares, y para que el equilibrio logrado permaneciera, los padres les asignaron a sus hijos, los diferentes pueblos indígenas, la tarea de velar por su cuidado mediante el pago o saneamiento en sus respectivos templos.

Esto que cuento es lo que mis abuelos y mis mayores arhuacos me transmitieron oralmente, y desde que era muy pequeño, sobre cómo se formó el mundo. Para muchos lectores esta no será más que otra historia. Así me lo hizo saber un amigo antropólogo cuando, al narrarle estas palabras, me dijo: “Lo que usted cuenta forma parte de la mitología cosmogónica arhuaca; es como ustedes conciben la creación del mundo”.

Aun así, ahora que he vuelto a la reflexión sobre el territorio veo cómo la manera primigenia de concebir el mundo determina la relación que, como pueblo, tenemos con cada uno de los elementos que constituyen la Tierra.

Desde sus prácticas culturales, el pueblo arhuaco ha establecido una manera especial y particular de relacionarse con el entorno, y en especial con los *espacios sagrados*, que es donde habitan los padres espirituales. Les hemos dado el carácter de seres vivientes, y por eso se les debe hacer el pago. Quizá la mejor manera de explicarlo sea con la anécdota, pues fue así como recibí el conocimiento de mis mayores.

Mi padre construyó nuestra casa en medio de una sabana grande, al frente de un árbol enorme. También

construyó un corral donde guardábamos unas cuantas ovejas. No eran más de diez, y mi madre de vez en vez las alquilaba para obtener la lana y hacer las mochilas que forman parte de la identidad del ser arhuaco.

Una noche, a medianoche, después de guardar los ovejos en el corral y prepararnos para dormir, nos despertaron los ladridos de unos perros. Su aullido venía del corral. Cuando fuimos, vimos que la mayoría de los ovejos estaban muertos, y los que no, convalecían con las vísceras afuera. Los perros de los vecinos habían matado a nuestros ovejos. Era una escena realmente aterradora.

Nos fuimos a consultar al mamo —el líder espiritual para los cuatro pueblos de la Sierra, y cuyo conocimiento le permite comunicarse con los padres y madres de los diferentes elementos que constituyen la naturaleza— para saber por qué había ocurrido este doloroso hecho.

Después de reflexionar y analizar, el mamo concluyó que el hecho obedecía a la ausencia de pago al árbol que habitaba allí, que exigía la respectiva retribución. Por eso se manifestaba de dicha manera. Nos recordó que cuando animales como el puma o el zorro atacan a animales domésticos, se les

debe pagar y no matar, pues sus padres están exigiendo el pago.

Vivencias como esta me llevaron a entender que la relación con los elementos de la naturaleza es una que se establece con un ser viviente; con un ser que da, espera recibir y pide respeto. En los lugares que son la morada de padres espirituales, los seres humanos no debemos construir vivienda. Hacerlo es construir sobre otro ser viviente; es interrumpir este orden establecido, cosa que puede traer enfermedades. En ese caso, debe entonces realizarse el respectivo saneamiento, la limpieza o la retribución.

En palabras más simples, para el ser arhuaco el árbol, la piedra y el pozo son seres vivientes, y como a aquel vecino con el que se convive, se le trata con dignidad y respeto. De allí que en determinada época del año, y bajo la coordinación del mamo, las familias arhuacas hagan rituales para retribuir y armonizar las relaciones con los diferentes vecinos, y así permanecer en armonía y equilibrio.

En cierta ocasión, un mamo me explicaba la delimitación de la Sierra Nevada de Santa Marta a través de la llamada Línea Negra o Niwi Um̄tke. Este

territorio se asemeja a un cuerpo humano, en que la cabeza son las montañas más altas. Ahí está el Chundwa (picos Colón y Bolívar). El ombligo lo forma un cinturón de cerros, y por ahí se baja hasta llegar a las planicies y alcanzar el mar, donde están los pies.

Nosotros, los seres humanos, somos la representación del territorio. Nuestro tutusoma blanco –un gorro cónico que forma parte de la indumentaria del hombre arhuaco– representa las nieves. El cabello y los vellos corporales representan las plantas y los árboles. El agua que baja desde las lagunas y desemboca al mar está en nuestras venas, por donde baja la sangre. Y nuestros huesos son las rocas.

¿Qué pasaría con el cuerpo humano si obstruyéramos una vena? ¿Nuestro cuerpo seguiría funcionando igual? Eso es lo que nuestros hermanos menores no han entendido. Al detener un río para hacer una represa estamos cercenando la vida de otros seres; estamos interrumpiendo la conectividad natural que debe existir.

Pienso en Ikarwa o Besotes, una región que el pueblo arhuaco recuperó en 1985, ubicada a cinco kilómetros al norte de la ciudad de Valledupar, en el margen izquierdo del río Guatapurí. Allí se

contraponen dos maneras de concebir y relacionarse con el entorno. Por una parte, desde la visión del desarrollo no indígena, a partir de la década de los setenta se viene planeando y se ha incorporado en diferentes planes de desarrollo municipales, departamentales y nacionales la construcción de un embalse multipropósito, donde se pretende inundar un área de 169 hectáreas para acumular 3,2 millones de metros cúbicos de agua, con la finalidad de abastecer de agua potable al casco urbano del municipio de Valledupar. Este proyecto busca establecer un distrito de riego para las actividades agrícolas y pecuarias, y la creación de una hidroeléctrica para la generación de energía.

Para algunos autores como Rodríguez (2010 y 2014), inundar esta zona afectaría la diversidad de especies de flora y fauna allí existentes, ya que Besotes forma parte de un ecosistema seco tropical –un ecosistema en peligro de extinción–. Allí se han registrado cincuenta y siete especies, entre las que se destacan la tortuga morrocoy y la carranchina (*Mesoclemmys dahlí*).

Si bien busca resolver un problema de abastecimiento de agua, esa iniciativa confronta la visión y el

relacionamiento del pueblo iku con lo natural y con el espacio. Al represarse el río no solo se estaría interrumpiendo el ciclo natural de la vida, sino que se estaría afectando la integralidad del territorio. Se estaría cortando una de sus venas o, en su defecto, taponando. Además, para nosotros como pueblo iku ikarwa, un espacio sagrado es donde se realizan los pagos y se sana para lograr la armonía y el equilibrio natural.

Desde 2011 le pedimos al Gobierno nacional que esos territorios que conforman Ikarwa o Besotes se incorporen al resguardo, pero hasta el momento no ha habido resultados concretos.

A raíz de lo conversado con el mamo, me preguntaba ¿cómo se superponen las prácticas y vivencias culturales sobre la minería en un mismo territorio? Se trata de una actividad que en los últimos años ha venido en aumento en relación con el número de área pretendida, así como en el número de solicitudes de exploración y explotación.

La Ley 685 de 2001 del Código de Minas fue el instrumento jurídico por el cual se exacerbó las solicitudes de licencias para la exploración y explotación minera en todo el país. Esto debido a que el

artículo 13 de esa ley establecía que la actividad minera era considerada de utilidad pública e interés social (Garay *et al.*, 2013).

Para 2012, Colombia había suscrito así 9.400 títulos mineros que cubrían un área de 5,6 millones de hectáreas, de las cuales 3.760 estaban en explotación. En 2013, un informe publicado por la Contraloría estimaba que existían diecinueve mil solicitudes por resolver, sumadas a las ya otorgadas en Amazonas y Pacífico con una extensión de 22,3 millones de hectáreas.

En dicho informe se especificaba que las áreas con interés minero para el país abarcaban aproximadamente cuarenta millones de los ciento catorce millones de hectáreas que conforman el país. Es decir, el 45,6 % del territorio nacional cuenta con un título minero, sea en fase de solicitud o de explotación.

Esto es alarmante en un país megadiverso como Colombia, ya que el desarrollo de las actividades mineras cubre las áreas estratégicas de protección ambiental como los resguardos, los Parques Nacionales Naturales, los humedales, etc. A este problema se suma que las medidas de protección ambiental son laxas y poco efectivas.

El mencionado informe resalta que las actividades mineras estaban vulnerando los derechos fundamentales y colectivos de los pueblos indígenas al desconocerse las acciones locales encaminadas al cuidado del medioambiente, el territorio, la cohesión social y lo económico. Además, desconocen tratados internacionales como el Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales, y los tratados internacionales sobre medioambiente. Este informe concluía que el desarrollo minero violentaba el derecho fundamental de la consulta previa que tienen los pueblos indígenas, ya que en algunos casos no se realizaba, o si se hacía no contaba con los estándares mínimos de participación (Garay *et al.*, 2013).

En ese contexto, los factores e intervenciones que afectan al territorio ancestral de los pueblos indígenas de la Sierra no son ajenos. Las solicitudes y expediciones de títulos mineros para esta región tienen las mismas tendencias que aquellas que se presentan en el ámbito nacional. Para 2014 (ver Imagen 1), en la Sierra Nevada existían 171 títulos mineros que correspondían a 127.000 hectáreas. De estas, 81.900 estaban traslapadas con resguardos y 263 solicitudes, que sumaban un total de 660.000

hectáreas, de las cuales 186.000 hectáreas estaban traslapadas con resguardos.

Teniendo en cuenta que la Línea Negra abarca un área aproximada de 1.750.000 hectáreas, el 44,9 % (787.000 hectáreas) se encontraba con títulos o estaba en proceso de solicitud (Niño, 2019).

Con los anteriores datos que reflejan la intervención del territorio vista desde un modelo de desarrollo basado en la explotación de los recursos naturales, y que busca resolver las necesidades inmediatas del ser humano, me preguntaba a la luz de la conversación y transmisión del conocimiento de mis mayores: ¿cómo es posible armonizar dos maneras opuestas de relacionarse con el entorno? Para nosotros, el pueblo iku, el modelo de desarrollo implementado por el hermano menor no nos permite cumplir la función que tenemos desde nuestra cosmovisión, desde la Ley de Origen, que no es otra cosa que el cuidado del territorio. Como lo dije ya, muchas solicitudes y títulos mineros están traslapados con espacios sagrados, y eso nos imposibilita hacer nuestras reflexiones, los pagos y ejercer el gobierno propio.

Como me lo enseñaron mis mayores, desde nuestra cosmovisión en Niwi Umuke (territorio de la

Sierra Nevada) primero están las normas, las leyes. Cada elemento de la naturaleza ocupa un lugar y cumple unas funciones. Es decir, el territorio tiene un orden natural desde su creación, y el ser humano, como un elemento que compone el territorio, tiene la función de cuidar y mantener el orden natural. Los espacios sagrados, que son templos naturales, contienen las normas y los códigos del cuidado, representados en piedras, ríos, árboles, montañas. Es esta norma primigenia, que viene desde nuestro principio, la que denominamos Ley de Origen, y que para nosotros es lo que para los colombianos es la Constitución, la norma de normas. La única diferencia es que en la Ley de Origen todo está plasmado en el territorio.

Por ello, para nosotros el territorio tiene una relevancia de tipo ontológica: su existencia hace posible la nuestra, pues allí tienen lugar los conocimientos y el origen de la vida. Allí se circunscriben todas las normas ancestrales que permiten entender el mundo y vivir en él. El territorio es entendido como un elemento estructural en nuestra permanencia y pervivencia, adquiriendo, por su importancia física, espacial y cultural, un sentido único para cada pueblo indígena.

Para nosotros, el territorio no está únicamente representado por los ríos, montañas, llanuras y demás espacios físicos y geográficos. El territorio está conformado por una gran variedad de elementos y seres que allí habitan, y les dan sentido a la existencia y la cultura. Así, en la medida en que más espacios sagrados sean afectados, o se les den funciones diferentes a las que tienen, perderemos el espacio sagrado y, con ello, nuestra cultura.

En otras palabras, la relación de los pueblos indígenas —en mi caso, del pueblo arhuaco— con el territorio permite recrear nuestra cultura e identidad. Por ejemplo, cuando se realiza una quema para la elaboración de una huerta, se lleva a cabo una ceremonia solicitando el permiso al padre del fuego y saneando el daño que se hace con la quema. Cultura y territorio están relacionados.

Esta manera de relacionamiento riñe con el modelo de desarrollo económico actual, basado en la explotación de los recursos naturales, y sus impactos ambientales, sociales, económicos y culturales; pero también pone a dialogar dos conceptos que, si bien parecen similares, tienen fines distintos: la *conservación* y el *cuidado*.

El primero nació en la década de los ochenta por el temor al uso desmedido de los recursos naturales, que pone en peligro la existencia misma de la humanidad. Se conserva, entonces, para garantizar la no extinción de los recursos. Desde esa definición, la conservación tiene un énfasis utilitarista y se relaciona con la naturaleza como objeto.

En cambio, el concepto indígena del *cuidado* forma parte de la función que tiene el ser indígena por naturaleza, basada en poner en práctica los saberes y conocimientos para relacionarnos, interactuar con el entorno, respetar los espacios sagrados y vivir de acuerdo a ello. En síntesis, se trata de un sujeto con el que nos interrelacionamos con respeto y reciprocidad.

*Ricardo Camilo Niño Izquierdo**

* Secretario técnico de la Comisión Nacional de Territorios Indígenas.
Ecólogo con magíster en Desarrollo Rural de la Pontificia Universidad Javeriana

Referencias

Garay et al, (2013). *Minería en Colombia: Derechos, políticas públicas y gobernanza*. Bogotá. Contraloría. ISBN 978-958-9351-89-5

Niño, R. C. (2019). *Umunukunu, autonomía y defensa del territorio del pueblo iku: evolución histórica de la tenencia colectiva en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: PUJ-Tesis

Rodríguez Ramos, E. C. (2014). *Megaproyectos, movimiento y organización indígena en la Sierra Nevada de Santa Marta: el caso de la iniciativa de Embalse de Besotes*. Bogotá: Universidad nacional

Rodríguez, (2010). “Conflictos sociales, ambientales y culturales en el ‘Corazón del Mundo’: la Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia)”, En: Mora, Naranjo, Rodríguez, & Santamaría-Chavarro, (2010). *Conflictos y judicialización de la política en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá. Universidad del Rosario.

La verdad de los ríos

Ignacio Piedrahíta

Alguna vez leí que los ríos tenían voz propia. Eso me llevó a afinar el oído cada vez que me encontraba cerca de ellos. Era cierto, no había ríos mudos. No importaba que fueran pequeños torrentes de montaña ni pequeños hilos de agua recién nacida de los páramos, siempre había un sonido. En los manantiales, el brotar sigiloso emite voces que se acompañan con el silencio de las cumbres. Y el estallar de la corriente contra las rocas es el agua joven que juega brusca pero cariñosamente con sus hermanos.

Más lejos de las cumbres, cuando los arroyos se van haciendo robustos, ya no nos referimos a ellos como nacimientos o quebradas, sino que usamos la palabra río sin diminutivos. En ese momento el sonido de la corriente se acerca más al del movimiento de una serpiente, a la que intuimos más que escuchamos. O, más

bien, a la que escuchamos en partes iguales con el oído y la imaginación. Se trata de una voz templada con lúcida claridad y que, sin embargo, emite un eco de indiferencia hacia al ser humano.

Escuchamos al río a través de sus gestos. Las sinuosas torceduras de su curso nos hablan de la desenvoltura del agua al salvar el peñón que se le interpone. Los nudos que forman las líneas de la corriente se liberan a sí mismos como de ideas en desuso. En los sobresaltos del tumulto de agua en época lluviosa suena la música de las grandes rocas que ruedan en la oscuridad del fondo, mientras que las arenas abri-llantadas de sus playas en verano dicen que el oropel también tiene su gracia. Cada vez que un canoero se apoya en la vara o en el remo llega hasta nuestros pies un platónico mensaje, cabalgando en ondas circulares: todo fluye, todo pasa.

En Colombia los ríos se derraman a partir de las cadenas de montañas, siguiendo bellos patrones naturales. Los del lado izquierdo del mapa van directamente al Pacífico, como el Patía o el San Juan, aunque el Atrato se escabulla desobediente hacia el Caribe. Los del lado derecho van rumbo al Orinoco o al gran Amazonas surcando llanuras y selvas en

infinidad de vueltas, rayando el oriente de Colombia con líneas de un pentagrama arrugado. Y, justo en el medio, están los del interior del país, que corren al norte, hacia la costa Atlántica, encauzados por dos largos valles que forman las tres cordilleras: el majestuoso Magdalena y el veloz y turbulento Cauca.

El Magdalena y el Cauca son hermanos de nacimiento, aunque pronto se separen y lleven vidas opuestas y desconocidas entre sí como en las novelas clásicas. Ambos son hijos de las mismas montañas del Macizo Colombiano, en el sur del país. Allí las cordilleras aún no tienen su forma estilizada que las caracteriza, sino que se presentan caóticas y abigarradas, reunidas en un solo mazo de cumbres. Ese lugar, que debería ser sagrado para Colombia por el solo hecho de albergar el nacimiento de esos dos grandes ríos, que lo fue para antiguas culturas y sigue siéndolo para las poblaciones autóctonas, llega a menudo a nuestros oídos con noticias de una violencia inveterada.

Pronto el Magdalena y el Cauca huyen de allí y toman caminos diferentes, aunque paralelos, rumbo al norte del país. La vida del primero transcurre entre las cordilleras Central y Oriental; la del segundo, entre la Central y la Occidental. Y así, separados por

una barrera infranqueable, sin siquiera mirarse el uno al otro, ambos bañan los pies de la mayoría de los habitantes de Colombia. El Magdalena y el Cauca son la savia arborescente de nuestra tierra. Ellos, con los arroyos y ríos menores que los alimentan, resueñan como en un gran cuenco cuyas paredes son los costados internos de las cordilleras.

Casi todos los colombianos que viven en la gran región central del país, que son la gran mayoría, han escuchado la voz del Magdalena o del Cauca. Ni siquiera quienes habitan en las ciudades de Colombia pueden presumir de que no tienen noticias de ellos, porque aun los ríos que atraviesan las grandes urbes les tributan sus aguas a estos dos gigantes tarde o temprano. El Bogotá va a dar finalmente al Magdalena, así como las corrientes que mojan a Ibagué, Neiva y Bucaramanga. Así mismo ocurre con las de Cali, Manizales, Armenia, Pereira y Medellín, que van al Cauca.

Y no solo están unidas las ciudades del interior en torno a estos dos ríos, sino también las que se asientan sobre la costa. Si bien el Magdalena desemboca oficialmente en Barranquilla, en Bocas de Ceniza, canales como el del Dique llevan parte de sus aguas a

Cartagena, y a través de la Ciénaga Grande se acercan otras a la bahía de Santa Marta. Casi todas las embarcaciones que subían en tiempos antiguos por el Magdalena entraban al río precisamente por Cartagena o por la ciénaga rumbo al centro del país, por el riesgo de naufragio que entrañaba la torrentosa desembocadura en la entonces pequeña Barranquilla.

Bajo nuestra identidad como país, marcada por la historia, las tradiciones y otros asuntos de índole social, subyace una unión más fuerte y poderosa, que es la unión por medio de una telaraña irrefutable de agua, cuyos hilos más fuertes son el Cauca y el Magdalena. Esa telaraña tiene en Colombia la forma de un gran árbol acostado verticalmente sobre nuestro mapa. El tronco son estos dos ríos; las raíces son los numerosos cauces que nacen en la parte alta de las cordilleras; y las ramas son los canales y ciénagas en los que se desmiembra el Magdalena en la costa atlántica antes de entregarse al océano.

Las personas que habitan directamente en las regiones fluviales sienten los ríos de una manera propia. Tratan con ellos íntimamente y suelen tener vivencias en común. Por lo general encuentran su destino recorriéndolos aguas arriba o aguas abajo,

guiados por el ritmo de su canto. De manera que al observarlos escuchamos una verdad que nos sorprende: el deseo palpable y natural del ser humano de ser parte de una corriente vital. Y debido a esta exposición de aquellos que reciben la generosidad inmediata del río, también se les transmiten más directamente las secuelas de lo que ocurre en las laderas de las montañas. Porque a pesar del estado líquido de la materia del agua, los eslabones de su corriente permanecen más sólidamente unidos.

Solemos imaginar un río como una línea, ya sea porque observamos su trazado en un mapa o porque vemos sus aguas confinadas a un lecho entre dos orillas. Pero también podemos imaginarlo con la forma de una letra V, como si lo cortáramos con un gran cuchillo en cualquier punto de su cauce y hasta más allá de sus márgenes. En la parte baja de la letra corre el agua de lo que conocemos propiamente como el río, mientras que las líneas diagonales en picada representan las pendientes de las montañas por donde bajan los arroyos que van a dar a él. Cada una de las gotas de agua lluvia, así como los riachuelos que se van formando en las laderas, recae invariablemente en el fondo de esa V de valle.

Esta sencilla pero elocuente imagen da una idea de lo inmenso que es un río, de su gran alcance e influencia. Lo que cada habitante del centro del país haga con el agua, en su tierra o en las ciudades, van a sentirlo las poblaciones de las orillas de nuestros dos grandes ríos. Un árbol que se corta en los bosques de montaña, y que retenía el agua en sus ramas y en sus raíces, lo siente el río más abajo. Y más aún si es una ladera entera la que se tala, porque en vez de entregarle el agua lluvia al río lentamente, que es como está pensado por la naturaleza para que las crecientes no sean catastróficas, ahora va rápidamente a ellos y sobrevienen las avalanchas. Es cierto que el hombre necesita tierras de labor para subsistir, pero no ignorando que los ríos todo lo escuchan y todo lo sienten.

Cuando un río está cerca de su nacimiento, las diagonales de la letra V que lo retratan son más pronunciadas, porque allí las pendientes de las montañas son más bruscas. Cerca de la población arqueológica de San Agustín, por ejemplo, algunos kilómetros después de haber nacido en la laguna de la Magdalena, el Magdalena corre encañonado por fuertes pendientes. Luego, cuando llega a la parte baja de la cordillera y pasa a lo largo de las poblaciones ribereñas del Huila,

las paredes de la V que lo dibuja están más acostadas, representando cada una un flanco de las ya relativamente distantes cordilleras Central y Oriental.

Aguas abajo de la población de Honda, esa V se abre aún más en la región que se conoce como Magdalena Medio. Allí el río se indisciplina un poco gracias a una tutela bastante laxa de las cordilleras. Su curso se divide a menudo en dos y hasta tres canales que forman una desgreñada trenza. Pero esta región, que se extiende hasta la población de El Banco, no se reconoce por esa especie de juego vanidoso de su río madre, sino por los feroces conflictos armados que allí tuvieron lugar durante décadas.

Así ocurre también con la parte más baja del río Cauca, conocida como el Bajo Cauca. Pocas personas han visitado esta región donde el río se apresta ya a desembocar en el Magdalena, pero casi todos hemos escuchado o sentido la atávica violencia que se asocia a la minería ilegal. Esta actividad, al contrario de la que marcó reciamente al Magdalena Medio, está relacionada directamente con el río. El oro que se saca en esta parte de Colombia está incrustado en las arenas de sus antiguas playas, como pequeñas chispas que fueron arrancadas por sus tributarios a su

paso por las montañas. Una vez más, el río muestra su extensa influencia y enigmática omnipresencia.

Una vez llega a la población de El Banco, el Magdalena pierde del todo la vigilancia de las montañas a lado y lado de su cauce. La serranía de San Lucas se hunde en la llanura costera al costado izquierdo, mientras que la Cordillera Oriental se aleja hacia la derecha torciendo hacia Venezuela. El río queda entonces a su aire, huérfano sobre la planicie en busca de su propio destino hacia el mar.

También el río Cauca se muestra encañonado cerca de su nacimiento. Pero pronto llega al Valle del Cauca, donde se explaya en curvas como el río mitológico conocido por los antiguos griegos como Meandro, que en ciertos momentos parecía que se devolviera por su serpenteante trazado. Más al norte se encañona de nuevo y pasa bravo y presuroso por Antioquia, hasta que se libera de las montañas por fin en la población de Caucasia. Caucasia es al río Cauca lo que El Banco al Magdalena.

A partir de allí, la V que dibuja los valles de ambos ríos se vuelve casi del todo llana. Cuesta creer incluso que los ríos no se desborden y desparramen sobre la planicie. Pero, aunque parezcan medio despistados,

yendo de aquí para allá con el rumbo perdido, ambos se apoyan en las ciénagas que hay a lado y lado de sus cauces. Parecidas en su función a los bosques de las montañas y los páramos, las ciénagas son las reservas de agua dulce que acogen los excesos del río en la época que viene crecido, o que le entregan agua cuando viene seco del interior. En cualquier punto donde se les mire, los ríos se extienden más allá de sus márgenes. Todo lo controlan, todo lo saben, nos vigilan y nos toleran más de lo que nosotros somos capaces de tolerar. Lo hacen, me parece, basados en la invencible belleza que preside la vida, en un principio de vital elegancia que nosotros absurdamente interpretamos como rudimentario y primitivo.

Percibimos en la voz de los ríos una resonancia particular. En el momento que escuchamos decrecer a lo lejos su murmullo, algo dentro de nosotros se conmueve. Se diría que es un sentimentalismo inofensivo, pero en realidad se trata de una armonía secreta. Así como a nosotros nos gobiernan ciertos deseos, también ellos ceden a firmes impulsos. Los ríos se entregan a sus propios apetitos e intereses, que han de llevarlos a su destino. Ellos, gracias a una paciente determinación, una combinación que por lo

general es soslayada por la ambición del hombre, llegan sin falta finalmente al mar. Es una meta que todos los de su especie consiguen a través de una conciencia gobernada por la fuerza natural, a la que nosotros hemos aprendido a ignorar sin avergonzarnos. Imaginar ese enorme árbol de agua que nos une como país es una manera de darle cuerpo a la armonía que nos asemeja a los sabios caminos del agua.

No es raro que al acercarnos a un río tengamos una sensación de que el agua es demasiado dócil. Ya veces nos figuramos incluso que esa mansedumbre es debilidad y descuido de sí misma. Esto envalentona al hombre y hace que pierda de vista el respeto que le debe. Nos levantamos sobre los cursos de agua y los reducimos a nuestro pequeño mundo, que concebimos ingenuamente estático y finito. Pero no advertimos que esa obediencia del agua es realmente una manera de igualarse a la fragilidad del equilibrio alcanzado por la naturaleza. Gracias a esa especie de humildad glorificada los ríos avanzan por su propia senda con los ojos muy abiertos, y todo lo que experimentan está dirigido a seguir el camino más corto hacia el mar. En ello se basa su verdad, que no es otra cosa que el sendero que conduce al todo, al océano.

Pero la idea del camino corto se ha convertido para el ser humano, con poca fortuna, en una idea odiosa. Para el hombre la brevedad del camino significa pasar por encima del todo para conseguir lo propio. Y es al menos paradójico que esta actitud se materialice en nuestro país cerca del agua: las luchas ideológicas en el sur del país donde nacen los grandes ríos, la minería ilegal en el Bajo Cauca, las feroces disputas en el Magdalena Medio, el tráfico de droga por los numerosos y bellamente retorcidos esteros que desaguan en las costas. Estas supuestas urgencias del hombre pisotean los ríos y tiñen sus aguas de un tono rojo sangre que debería estar reservado únicamente para los atardeceres. Y sin embargo todo ello el río lo acoge sin resistirse, y aun nos entrega la sensación de que purifica el horror, simplemente porque lo aparta de nuestra vista.

Gracias a esa generosidad de los ríos pretendemos creer que ellos diluyen todos nuestros males. Durante décadas les hemos arrojado, todos por igual, nuestras heces y demás fechorías con una infinita aunque candorosa confianza en el poder purificador de las aguas. Y, sin embargo, con enigmática sumisión, el agua se atribuye nuestra basura e incluso la muerte

arrojada a la corriente. Pero todo tiene un límite. Al igual que en el mar se concentran las sales que no percibimos en los ríos, también con el tiempo en el agua quieta se reúne el veneno de la memoria del hombre. Aguas estancadas y malsanas estarán presentes en nosotros como sociedad mientras no seamos conscientes de que siempre nos bañamos en el mismo río. El agua se mueve de manera circular: de la tierra va al cielo y, por el cielo, las nubes la llevan de nuevo hasta las cumbres de las montañas, que nos bañan una y otra vez. Si miráramos con los ojos muy abiertos lo veríamos claramente: todo vuelve, todo retorna. No hay manera de romper ese ciclo salvo devolviéndole la vida que le hemos arrebatado.

Contrario a lo que ocurre en muchos otros países, que comparten las corrientes de agua, nuestros dos grandes ríos del interior de Colombia, el Magdalena y el Cauca, solo le pertenecen a nuestro país. Desde sus nacimientos hasta sus desembocaduras, todos ellos están dentro del territorio, sin tributarios siquiera que nazcan fuera de nuestras fronteras. Por lo tanto, el daño que les hemos infligido es solo de nosotros, y asumirlo es un camino ineludible. Un río encuentra reposo cuando llega al mar porque no

rehúye su camino. Así mismo nosotros podemos encontrar sosiego construyendo la idea de un gran recipiente que a todos nos acoge.

Cuando están abocados a la llanura costera y sin la protección de las montañas, decíamos, el Magdalena y el Cauca, aún con lo portentosos que son, se sienten indefensos. Esos hermanos de nacimiento, equitativamente unidos por el afecto y la costumbre de su largo recorrido, toman una decisión extraordinaria ante una posible disolución en la vastedad de la planicie: se unen, y juntos buscan el mejor camino hacia el Caribe. Ocurre el inevitable reencuentro de esas vidas aisladas y recelosas con el fin de obtener más fuerza. En ese instante, lo que antes se presentaba como orgullo, se deshace, y el nudo que tenían en sus gargantas se alisa en el encuentro de las aguas. Cada uno en su propia búsqueda entiende que todos los caminos conducen al mar, a los brazos abiertos del mar.

La unión del Cauca y el Magdalena se da, no obstante, en el ambiente caótico de la llanura. El Magdalena, por su parte, se encuentra en un momento dubitativo de su vida. En El Banco se ha dividido en brazos, intentando multiplicarse para llegar más

seguramente al mar, de los cuales el brazo de Loba y el de Mompox son los principales. De modo que cuando el Cauca lo busca para entregarse a él sin reservas lo encuentra fragmentado, y es al Loba al que entrega sus aguas. Se siente en esa unión que el arte de los ríos obedece a instintos ciegos y generosos.

Un poco al norte, en Magangué, todo encuentra solución. El brazo de Loba, que viene ya con aguas del Cauca, se une de nuevo con el brazo de Mompox. A partir de allí el Magdalena es uno solo, recordándonos mediante acentos persuasivos el viejo régimen personal de las relaciones humanas. El hecho de que luego, mediante el canal del Dique y las grandes ciénagas, comparta sus aguas no es sino un hincapié de su determinación.

Pese a toda esta magnificencia, aquel que se atreve a escuchar a nuestros grandes ríos puede sentir que esa voz es quebradiza y débil a la hora de expresarlo todo. Por eso sus noticias suelen repercutir en nuestros nervios. Escasez de pesca, páramos devastados y ciénagas obstruidas, miseria en sus márgenes, uso arbitrario de la tierra, regiones asoladas por la violencia son notas destempladas que rasgan el aire y llegan hasta nosotros como un canto de sirenas desafinado. En la aparente

tranquilidad de las aguas de nuestros ríos reina la desesperación.

Esto ocurre porque la guerra en Colombia ha pisoteado los ríos en toda su extensión, como suele suceder en los campos de batalla. Pero aquí, de tan prolongado el conflicto, el daño es aún mayor. La idea de que se puede tomar por mano propia lo que se cree justo para cada uno ha terminado no solo por apagar la voz del otro sino la voz de los ríos, y con ella toda la vida que ellos originan con su insospechada influencia. Un arroyo vivo que se trunca o se contamina es como un árbol gigantesco que se viene abajo en medio de la selva. Nadie lo ha visto, nadie escucha su caída. Sin embargo, todo el tiempo estamos sufriendo la caída de ese árbol.

La palabra rival viene de la raíz latina *rivus*, la misma de la palabra río, porque con frecuencia los habitantes de las orillas opuestas de los ríos solían enemistarse entre sí. El río actuaba pues como una barrera, como una muralla que postergaba el combate. En Colombia, esa antigua excusa, que suele mantener el honor de los pueblos en los tiempos de paz, se convirtió por distintos motivos en una invitación al uso del arma larga, quitándole al río todo su significado. Al arrasar con los

árboles de las riberas despojamos a nuestros contradictores de su contexto natural, privándolos de una parte de sí insospechadamente humana.

Restaurar ese contexto de naturaleza basada en el agua y sus cursos quizá modifique y aún revierta las relaciones entre las personas. Porque la tierra no es solo un recurso sino la extensión del ser humano. Y allí es donde los ríos se convierten en metáfora y resumen del verdadero paisaje, el paisaje vivo en el que, al entregarle a la naturaleza, el hombre les entrega algo de sí a sus semejantes. El agua, y el mundo vital que le es inherente, es el sabio mediador que nos evita las incomodidades de desmontar el orgullo propio frente al otro, y que permite incluso ayudarse mutuamente sin despertar los sentimientos contradictorios de la compasión.

Solo cumpliendo esa ley elemental de dejar crecer el bosque a lo largo de cada río y arroyo, las orillas comenzarían a entregar vida. De esta manera los rivales no percibirán en las corrientes de agua únicamente el obstáculo que posterga el combate, sino que verían en el paisaje la belleza de lo que cada uno ha permitido que florezca a su alrededor. Así, quien mira al enemigo al otro lado del río está viendo también su

parte más sensible, una panorámica en la cual la ira tiende a disolverse. Una prueba de esto puede verse en las ciudades donde, al dejar entrar la vegetación en las avenidas más oscuras, los peatones y conductores respiran diferente y sus ritmos se apaciguan.

Ante el agua sana y las formas de los árboles y las plantas y su actitud eternamente vital, las personas bajamos los brazos. Porque la naturaleza no acusa de una manera que incite una reacción, sino que entabla una relación directa con cada uno. Reivindicar el gobierno sutil del agua y de la naturaleza es una oportunidad única de entregarnos por igual a un tercero que obra por todos. Restituir los ríos en toda su dimensión no es solo mejorar los “indicadores ambientales”, sino que significa restaurar con las manos de muchos el mosaico original del equilibrio natural.

El agua que corre limpia y libre encarna una belleza intrínseca ante la cual el odio se rinde. Rehabilitar el orden natural es devolverle su arte, y quien se sustraiga a ello no deja tanto de cumplir con una responsabilidad, sino que se priva de escuchar la voz vivificante de la tierra. La mente nunca está en silencio sino sosegadamente entonada, y en ello el agua que corre es la música universal que a todos congenia.

Los ríos sí son en realidad, como alguna vez leí en un poema de Friedrich Hölderlin, la voz de Dios. Ese dios que todo lo da y que nada pide. Y por eso ahora, en aras de simple justicia, es necesario que los ríos lo tengan todo. Ellos se encargarán, si estamos dispuestos a escuchar, de hacer de barrera entre los rivales, que siempre existirán entre los hombres. Es seguro que los ríos de agua viva servirán, como en tiempos antiguos, no solo para crear mitos sino como hilos conductores de una historia de Colombia equilibrada, que pretende ir en busca de su propia unidad, su propio mar de alentador sosiego.

IGNACIO PIEDRAHÍTA ARROYAVE

Nació en Medellín en 1973, donde vivió hasta hace tres años, cuando se trasladó a las montañas que la rodean. Estudió geología en la Universidad Eafit y ha sido profesor ocasional de Literatura y talleres de escritura. Su escuela fue la *Revista Universidad de Antioquia*, en la que escribió en todos los números entre 2000 y 2017. Desde entonces escribe casi que exclusivamente para el periódico cultural *Universo Centro*, de Medellín. Es autor del libro de cuentos *La caligrafía del basilisco* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 1999), el libro de crónicas *Medias Tintas* (Editorial Rabodeají, 2002; con Juan Carlos Orrego, Andrés Burgos y Pascual Gaviria), las novelas *Un mar* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 2006) y *Al oído de la cordillera* (Fondo Editorial Universidad Eafit, 2011), los relatos cortos de *El velo que cubre la piedra* (Editorial Atarraya, 2018) y el relato *Grávido río* (Editorial Eafit, 2019).

www.ignaciopiedrahita.com

SOBRE LA PORTADA

Abel Rodríguez es un sabio del pueblo nonuya y un poseedor del conocimiento ancestral de las plantas medicinales y sistemas ecológicos de la cuenca del Amazonas. En los años noventa, después de que en medio del conflicto armado colombiano su familia abandonara La Chorrera, su territorio natal, Rodríguez encontró la manera de preservar su legado dibujando sus saberes. Hoy, gracias al trabajo de artistas contemporáneos, curadores y científicos, sus piezas son valoradas por sus cualidades plásticas y por el entendimiento único que transmite no solo sobre la selva, sino también sobre la condición humana.

Mediante el registro y la descripción del conocimiento botánico y religioso medioambiental de los nonuyas, transmitido de generación en generación, conservando un linaje muy estricto que se mantiene por medio de dietas y restricciones severas, la obra de Rodríguez es un tesoro ancestral, un regalo de la selva para este mundo globalizado, totalizante y homogeneizado.

La imagen de la portada de este libro es la obra *Territorio de mito*, de 2017. Agradecemos al Instituto de Visión por las gestiones que permitieron su publicación.

*Este libro se terminó de imprimir
en Bogotá en enero de 2020.*



Un proyecto de

ARCADIA